

Murió el pasado 10 de septiembre

José María Alcácer, un clasico de la música religiosa contemporánea

Este compositor de valía comparable a los músicos eclesiásticos del segundo tercio del siglo, realizó su enorme repertorio en Cuenca, junto a la roca La Sultana y en Madrid. Fue en Cuenca, donde ultimó el Cancionero Religioso, su obra más popular e inició El Salterio, su obra más monumental.

El P. José María Alcácer murió el 10 de septiembre de 1994, a los 95 años, tras una larga vida saludable, sin aparente enfermedad, útil en su ministerio de capilla, organista y compositor litúrgico al servicio de la Basílica de La Milagrosa de Madrid, hasta sus últimos momentos. Un infarto se lo llevó. El día 11, al mediodía, se celebraron las exequias con la asistencia de la Comunidad, dejando para el día 16 de septiembre, a las 8 de la tarde, la celebración del solemne funeral en la Basílica de La Milagrosa en la que sirvió la mayor parte de su vida.

El P. Alcácer se ha ganado un espacio en la historia de la música religiosa. Lo encontraremos en los diccionarios, permanecerá en el recuerdo de los que han saboreado la música litúrgica y sus improvisaciones y conciertos en el órgano de la Basílica La Milagrosa de Madrid.

Formado en el seminario y conservatorio de Valencia, más tarde ya dentro de la Congregación de los Padres Paúles, estudia teología en San Pablo de Cuenca, frente a las entonces ruinosas Casas Colgadas, y en Madrid continuará la música con Emilio Vega, director de la Banda del regimiento de C. de Guardias de Alabarderos del Rey. Pasará por Roma donde se licencia en canto gregoriano, estudiando con el organista Manari, con los célebres L. Refice y Casimiri, pasará una estacia en Solesmes, seguirá estudiando en el Conservatorio de San Sebastián, y por último en el Real de Madrid, de la calle de San Bernardo, con Conrado del Campo en composición, obteniendo en 1943, el 31 Premio de Composición, órgano con Gabiola y folklore con Otaño. Años más tarde remozaría sus estudios compositivos con Manuel Palau.

Dotado de una inagotable inspiración, y por su vocación de religioso, se autolimitó a la música religiosa, en particular la litúrgica, para el canto de asamblea, coro de voces iguales o mixto y a las composiciones de órgano, y a la gran obra orgánica coral que trasciende el ámbito de la litúrgica. Dominador como pocos de la armonía con todos los avances propiciados por el postromanticismo, impresionismo, y tendencias modernistas, que le llevan a la atonalidad. Su valía es comparable a la de los músicos eclesiásticos que escriben desde el segundo tercio de nuestro siglo y que últimamente han ido desapareciendo, como José Ignacio Prieto, Pérez-Jorge, Ruiz Aznar, José María Thomas, Almandoz. En muchos aspectos comparable al P. Donostia y superior al P. Otaño compositor. Su enorme repertorio lo compuso en Cuenca, junto a la roca La Sultana y en Madrid, su destino más prolongado.

En Cuenca ultimó el Cancionero Religioso, su obra más popular, e inició El Salterio, su obra monumental. Estreno de muchas de sus obras pudieron escuchar los conqueses ya en la Catedral, en Palafox y hasta la misma explanada de San Pablo convertida en escenario para los autos sacramentales con música de Alcácer y no terminó aquí el amor y arraigo hacia Cuenca de nuestro gran compositor. Recopiló unas decenas de melodías populares en sus visitas a la Serranía conquesa que dejó plasmadas en armonizaciones de villancicos y canciones de ronda a modo de orfeones, y en particular para su *Himno a Cuenca*, muy cantado por nuestros seminaristas teológicos de San Pablo, y en estreno, acompañado por la Banda Municipal que dirigía el Maestro Calleja. Bien merecía el P. Alcácer que el Festival de Música Religiosa de Cuenca dedicara un concierto a las obras grandes del P. Alcácer, escritas algunas de ellas en San Pablo, escenario que ha sido de lo más grandioso del festival, ahora en homenaje póstumo. Hace años abogué, cuando aún vivía nuestro Alcácer, por un concierto de sus mejores salmos. Sí que estas páginas son verdadera música religiosa.

Su obra es extensa como el Cancionero Religioso, con diez multitudinarias ediciones, en su doble versión de melodías (500) y acompañamiento, que ha estado presente en todos los seminarios y multitud de parroquias desde los años 30. Su obra magna ha sido El Salterio, con texto castellano del poeta Eugenio Escribano, obra inconclusa, con cincuenta salmos escritos en esquema de gran cantata para voces y gran órgano sinfónico. Aquí se aprecia la evolución estilística desde la línea wagneriana hasta la técnica politonal de sus últimos cuadernos. Una obra considerada por algunos como uno de los grandes monumentos de la música religiosa coral y orgánica de nuestros días. A pesar de su edición en la Editorial La Milagrosa (García de Paredes, 45), la obra no ha llegado a los coros. Su colección de más de cincuenta Villancicos, con textos de los mejores poetas españoles antiguos y modernos, para diversos coros, es de excelente factura, en la que alternan las armonías tradicionales con colores disonantes de sabor nuevo. Villancicos muy interpretados por los coros. Salieron de sus manos cuatro *misas solemnes* en latín siguiendo el uso de los maestros romanos alrededor de Lorenzo Perosi y de la tradición "ceciliana". Así escribió la misa en honor del Beato Claret (1940), la de San Vicente de Paúl (1955), y multitud de misas en castellano a varias voces con asamblea, así como los cantos propios para la liturgia. Son notables los cuadernos para órgano publicados por Boileau, y las obras más modernas publicadas en la revista Melodías. Al final de sus años nos ha dejado la *Ofrenda lírico Litúrgica* (1984), que incluye en más de cuatro mil folios la música correspondiente a todo el Oficio de Horas canónicas, escrito para asamblea, voces y órgano. Ni que decir tiene que la música de Alcácer no es nunca trivial, es poética, llena de unción, de una mano que rebosa técnica e inspiración. Por ello le llamo un "clásico de la música religiosa española contemporánea", que está a mil años luz de los falsos y advenedizos músicos litúrgicos que han empobrecido y malgastado la venerable tradición del músico eclesiástico bien formado y dotado.

Obras importantes:

- *Cancionero Religioso*: más de 400 canciones, a 1 y más voces, con acompañamiento de órgano.
- *El Salterio*: 5 vol. con 10 salmos cada uno, para asamblea, coros y órganos. Algunos orquestados.
- *Cancionero Polifónico*: recoge 95 polifonías, a 3 y 4 v.
- Colección de Villancicos: Navidad en diez canciones y tres Trípticos de Navidad con 9 villancicos cada uno. Todos a 3 y más voces.
- Dos *Cuadernos* para órgano o armonio, Ed. Boileau.
- *Viñetas* para órgano, publicadas en los nn. 4-1967 y 1-1969 en Melodías.
- *Canciones Abulenses populares*. Ed. La Milagrosa.
- Multitud de pequeñas obras en las rev. Tesoro Sacro Musical y Melodías; Obras para orfeones y autos sacramentales.

Jesús María Muneta